

UNA LECTURA PROUSTIANA DE LAS MARINAS DE WHISTLER

María Luján Ferrari

UNLP

Cada mujer en *À La Recherche du Temps Perdu* posee múltiples almas, sucesivos rostros que se fusionan con amores del pasado, con paisajes marinos, con pájaros o flores.

Podríamos sostener asimismo, que las mujeres se fusionan en distintas formas del arte, en esto fue precursor Swann quien ve a Odette en la Céfora, hija de Jetro, de Botticelli ya que tenía por costumbre buscar en los cuadros de los grandes pintores los caracteres individuales de una persona.

Intentaremos aquí, ver aquel encuentro de Marcel con un grupo de muchachas, en *A la Sombra de las Muchachas en Flor*, como una visión artística que parece emerger de algunas marinas de Whistler. Esta fusión, lejos de fijar una identidad estable en aquellas, sumerge al protagonista en una atmósfera de confusión que lo consume en una embriaguez de signos que es preciso descifrar.

Se ha asociado este encuentro con los cuadros de los puntillistas así como también con la obra de los impresionistas. No es nuestra intención contradecir esa lectura, sino presentar una mirada distinta sobre el episodio, incitada tal vez por la admiración que Proust sentía por Whistler quien sirvió de inspiración para la composición del pintor imaginario Elstir.

Las mujeres proustianas implican una multiplicidad de mundos tal vez por eso, se presentan asociadas a los paisajes. Justamente, el protagonista de la *Recherche*, aísla de un paisaje marino el cuadro de un grupo de muchachas, entre las que se encuentra Albertine, "Pero yo solo me quedé parado delante del gran hotel, haciendo tiempo hasta que llegara la hora de ir a buscar a mi abuela; cuando, allá por la otra punta del paseo del dique, destacándose como una mancha singular y movable, vi avanzar a cinco o seis muchachas tan distintas por su aspecto y modales de todas las personas que solían verse por Balbec como hubiese podido serlo una bandada de gaviotas venidas de Dios sabe dónde y que efectuara con ponderado paso -las que se quedaban atrás alcanzaban

a las otras de un vuelo- un paseo por la playa, paseo cuya finalidad escapaba a los bañistas, de los que no hacían ellas ningún caso, pero estaba perfectamente en su alma de pájaros."¹ Esta experiencia visual parecería tener un cierto grado de abstracción, las muchachas no asumen una determinada forma sino que se conjugan en una mancha cuyo comportamiento, similar al de una bandada de pájaros, las mantiene en una dimensión espacial ajena al resto de las personas del paseo. Del mismo modo, aparece un grupo de mujeres en *Variaciones en rosa y verde: Chelsea*, una marina que Whistler pinta alrededor de 1871. Ubicadas sobre un lado del lienzo se presentan bajo una especie de velo traslucido que deja ver sus figuras al mismo tiempo que las oculta en una mancha de tenues pinceladas. Se crea, así, un espacio continuo definido por el color pero al mismo tiempo ambiguo en la medida que las formas verticales y horizontales nunca lo son completamente y lo más importante parecen ser los gestos de dichas formas.

El espacio se ha convertido, en la obra de Whistler, en una superficie integrada de color, en donde toques de rosas, verdes y amarillos imperceptiblemente modelan un muelle en el que se hunden las siluetas de claras influencias orientales; y el agua que se trastoca en un cielo al estilo de Vermeer. Esta misma impresión distingue Marcel "... ni siquiera esos rasgos los había yo atribuido indisolublemente a una muchacha determinada y distinta; y cuando (con arreglo al orden en que se iba desarrollando este maravilloso conjunto, en el que se tocaban los más opuestos aspectos y se unían las más diferentes gamas de colores, pero todo ello confuso como una música en la que me fuese imposible aislar y reconocer las frases que iban pasando, perfectamente distintas, pero inmediatamente olvidadas) veía surgir un ovalo blanco, unos ojos azules o verdes, no sabía bien si esa cara o esa mirada eran las mismas que me sedujeron el momento antes, y me era imposible referirlas a una sola muchacha separada y distinta de las demás."² Pero además, la misma analogía que el protagonista establece entre la pintura y la música, para dar cuenta de la falta de definición entre las muchachas y el paisaje es utilizada por Whistler para evocar su pintura " As music is the poetry of sound, so is painting the poetry of sight, and the subject- matter has nothing to do with harmony of sound or colour"³

¹ Proust Marcel, (1987) *En Busca del Tiempo Perdido, A la Sombra de las Muchachas en Flor*, Buenos Aires, Alianza, pág., 414 - 415.

² *Ibidem*, pág., 416 - 417

³ Citado por Holden Donald, (1998) *Whistler, Landscapes and Seascapes*, New York, Ed. Watson Guptill, pág., 13.

Entonces, la marina de Whistler se define por las diferencias de intervalos entre las formas y la identidad de los rostros de las muchachas se define por notas infinitamente pequeñas, casi imposibles de aislar que solo adquieren su valor propio en función de ciertas desviaciones del color que se alejan o separan como las frases del Septeto de Vinteuil.

Las mujeres de las pinturas de Whistler que el espectador ve primero de una manera y luego de otra lo obligan a convertirse en un protagonista más del cuadro. Sin embargo, las mujeres proustianas que se revelan como seres que emiten signos confusos obligan al protagonista a convertirse en un espectador. Marcel dice "... estar entre ellas, formar parte de la teoría que iba desarrollándose sobre el fondo que ponía el mar, me pareció suposición absurda; suposición que contuviese en sí una contradicción tan insoluble como si delante de un friso antiguo o de un fresco que figure el paso de una comitiva se me antojara posible el que yo, espectador, fuese a ocupar un sitio entre las divinas procesiones..."⁴ Para formar parte de aquellos mundos extranjeros será capaz de secuestrar, ver, o profanar.

⁴ Proust Marcel, (1987) *En Busca del Tiempo Perdido, A la Sombra de las Muchachas en Flor*, Buenos Aires, Alianza, pág. 423.